

Dos textos sobre la autonomía universitaria

Juan Ramón de la Fuente

*A Pablo González Casanova, Guillermo Soberón,
Octavio Rivero Serrano, Jorge Carpizo,
José Sarukhán y Francisco Barnés*

I. EN LA SESIÓN SOLEMNE
DEL H. CONGRESO DE LA UNIÓN

18 DE AGOSTO DE 2004

La conmemoración del *75 aniversario de la autonomía de la Universidad Nacional Autónoma de México* adquiere hoy, en esta Sesión Solemne, su más vigorosa expresión. Los universitarios apreciamos esta distinción en todo lo que vale; la entendemos como una muestra solidaria del Congreso Mexicano que nos honra y fortalece, y la asumimos como un renovado compromiso con la Nación que mucho nos enaltece.

Fue justamente ante este Honorable Congreso de la Unión, cuando en 1881, el entonces diputado Justo Sierra planteó por primera vez la idea de hacer autónoma a la Universidad. La propuesta del maestro Sierra no prosperó. Al gobierno de entonces le parecía inadmisibles patrocinar una educación que no pudiera controlar.

Años más tarde, en 1910, al reinaugar la Universidad, don Justo Sierra vuelve a la carga. Con ideas firmes expresa la necesidad de “nacionalizar la ciencia” y de “mexicanizar el saber” sin menoscabo de seguir

participando de la cultura universal; y señala también que “la educación universitaria debe ser popular”, por lo que todos deben tener acceso a ella mediante una selección exclusivamente académica.

En 1914, Félix Palavicini, por instrucciones del primer Jefe del Ejército Constitucionalista presenta, nuevamente ante el Congreso, el primer proyecto de ley de autonomía de la Universidad Nacional. La iniciativa queda en suspenso ante el intempestivo traslado del Gobierno a la ciudad de Veracruz. De inmediato, un grupo de profesores universitarios, encabezados por Ezequiel A. Chávez, redactó el “Proyecto de Ley de Independencia de la Universidad Nacional de México”.

Las ideas de autogobierno, autolegislación y autoadministración toparon, pues, con las vicisitudes de la época. No obstante, la Universidad subsistió y gracias al decreto que, con motivo de la entrada en vigor de la Constitución, expidió Venustiano Carranza en uso de las facultades extraordinarias que le fueron conferidas por el Congreso de la Unión, se establecieron, entre otros departamentos, el “Universitario y de Bellas Artes”.

Tres años después, en 1920, José Vasconcelos, al tomar posesión de la Rectoría, enuncia la tarea social de la Universidad: “yo no vengo a trabajar por la Universidad sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo”; Vasconcelos sabía bien que un programa nacional de educación sólo podía salir de la Universidad.



© Dirección General de Comunicación Social/UNAM

En la develación de la placa de reconocimiento del H. Congreso de la Unión a la autonomía, el rector Juan Ramón de la Fuente en compañía de los ex rectores Pablo González Casanova, Guillermo Soberón, José Sarukhán, Francisco Barnés y Octavio Rivero Serrano. A la derecha, Enrique Jackson

Las ideas de Sierra y de Vasconcelos; las iniciativas de ley no concretadas; los intensos debates en el Congreso sobre este tema durante varias décadas y, desde luego, el movimiento estudiantil de 1929, que fue catalizador de todo ello, son fundamentales para entender la expedición de la Ley de Autonomía de 1929.

La autonomía emana del ejercicio de un postulado democrático que demanda al poder central la delegación de funciones, la división de atribuciones y responsabilidades, así como la socialización de las instituciones con la participación de las comunidades que las constituyen.

La Universidad Autónoma es una institución del Estado mexicano. La autonomía es académica y administrativa. El Estado no renuncia con ello a la función rectora que la Constitución le asigna, pero reconoce, respeta y alienta el espíritu libre, creador y crítico de la Universidad. La dota de recursos porque es su deber; porque es una institución pública y laica, que cultiva y promueve la ciencia y la cultura como ninguna otra en

el país; porque tiene la mejor y la mayor oferta educativa, y porque ha sido el principal instrumento de movilidad social que los mexicanos hemos construido a lo largo de nuestra historia.

1929 fue un año significativo en la historia contemporánea de México. Era el fin de la lucha cristera que dividió al país y lo enfrentó en una sangrienta lucha civil; fueron tiempos de la rebelión escobarista que conmovió a la nación, apenas librada la crisis política ocasionada por el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón; fue la época de la campaña opositorista de Vasconcelos, una difícil prueba para el aparato gubernamental que iniciaba un nuevo camino de instituciones políticas, y fue también el año de la creación del Partido Nacional Revolucionario. En ese contexto se inscribieron los combates universitarios que culminaron con la obtención de la autonomía.

Cincuenta años después, en 1979, a propuesta del rector Guillermo Soberón, el Congreso elevaba a rango constitucional la autonomía de las universidades públicas.



Placa con el lema de la autonomía, 23 de mayo de 1929

Como en muchas gestas trascendentes de nuestro pasado común, la Universidad Nacional Autónoma de México encuentra hoy nuevamente en el Congreso Mexicano a un aliado solidario, profundamente democrático y representativo de la unidad de la nación mexicana, pero también representativo de la diversidad de su sociedad. ¿Y qué es la Universidad sino eso? Su nombre mismo lo indica: unidad en la diversidad.

En la Universidad, en sus luchas y avatares hemos aprendido que disenter es un privilegio de la inteligencia, no un pretexto para la violencia; y hemos aprendido, asimismo, que coincidir es un privilegio de la razón, una consecuencia de la libertad, no de la subordinación. Bajo esas mismas premisas podemos afirmar que tenemos cada día una mejor relación con los poderes del Estado. Por eso, el reconocimiento cabal de la naturaleza crítica de la Universidad por parte del Estado, lejos de menguar tal relación la fortalece.

José Revueltas se refirió en diversos escritos a la actividad crítica de la conciencia universitaria. “Dicha conciencia —decía— es algo más que crítica: se trata de una conciencia autocrítica que se hace desde dentro de la sociedad, como parte de ella, hacia la sociedad misma.”

Esta característica tan propia de la naturaleza universitaria no implica de manera alguna, como tantas veces se ha insistido, extraterritorialidad; no significa la c reacción de un estado dentro de otro estado; pero sí sig-

nifica un total respeto del Estado hacia las formas de organización y gobierno de las universidades y, desde luego, a sus valores supremos: la libertad de cátedra, la libertad de investigación y de creación y la capacidad para administrar su patrimonio.

Refrendar la autonomía implica fortalecer las relaciones entre Universidad y Estado en un marco de respeto irrestricto, de compromisos compartidos y de colaboración recíproca. La UNAM no ignora que es una institución descentralizada del Estado mexicano y que, en consecuencia, debe asumir aquellos mandatos legales de carácter general que rigen la vida de la sociedad mexicana. La UNAM promueve y respeta el estado de derecho.

La autonomía conlleva también graves responsabilidades. La primera de ellas, en respuesta al anhelo legítimo de la sociedad a la que nos debemos, es seguir incrementando la calidad de los servicios que ofrecemos. La sociedad mexicana está dispuesta a seguir aportando recursos para fortalecer a las instituciones públicas de educación superior, pero a cambio exige, y con razón, que los servicios que reciba de ellas sean cada vez de mayor calidad: servicios educativos, de investigación y de difusión del conocimiento que permitan a sectores cada vez más amplios beneficiarse de los programas universitarios.

El esfuerzo que la UNAM ha realizado en este sentido puede no dejarnos plenamente satisfechos, queremos

hacerlo mejor. Nos alienta sin embargo el hecho, incontrovertible, de que en las dos evaluaciones globales que se han hecho este año sobre las universidades en el mundo, una en Shanghai y la otra en Madrid, la UNAM es puntera no sólo en México sino en toda la América Latina. Honramos así nuestro escudo y el razonamiento en el que se inspira nuestro lema.

Desde luego, tenemos también otras responsabilidades. Una de ellas, ineludible, se refiere a la transparencia y a la escrupulosa rendición de cuentas sobre los recursos públicos que el Estado nos asigna. La UNAM fue la primera institución autónoma, universitaria y no universitaria, que sometió a la consideración de la Auditoría Superior de la Federación sus estados financieros; y a partir de entonces, en ejercicio de su autonomía, año tras año, rinde cuentas de los recursos ejercidos ante las comisiones correspondientes de la H. Cámara de Diputados. Esta práctica, lejos de atentar contra la autonomía, ha aumentado la confianza de la sociedad en su Universidad.

Por eso es natural que la sociedad le pida a la Universidad que participe en otras actividades que antes quizá no le eran tan propias, y que la van convirtiendo en una institución cada vez más esencial para nuestra vida democrática, para la defensa de los derechos civiles y aún de los más altos ideales de la humanidad.

Hoy en día, las universidades son el mejor contrapeso que tenemos frente al pensamiento único y constituyen el mejor instrumento del que disponemos para atajar los cada vez más preocupantes fundamentalismos, sean estos económicos, étnicos o religiosos. De

ahí el gran respaldo social que la Universidad tiene hoy prácticamente en todo el mundo; de ahí también que el Estado necesite a la Universidad, tanto como ésta precisa del apoyo del Estado.

En las circunstancias actuales, cuando el desarrollo de nuestra vida social requiere de un cuidadoso equilibrio, la Universidad celebra los primeros 75 años de su autonomía, refrendando su vocación de servicio con la nación mexicana; procurando responder a las crecientes necesidades de una sociedad cada vez más democrática, más exigente, más interdependiente, más compleja y con mayores anhelos de encontrar en nuestras aulas; en nuestros laboratorios y talleres; en nuestros cursos de bachillerato, de licenciatura o de posgrado, de educación continua y a distancia; a través de nuestras actividades culturales y de extensión una vida más digna, más decorosa, más libre y más autónoma.

Concluyo recordando a Alejandro Gómez Arias, el líder del movimiento universitario de 1929 quien, una vez alcanzada la autonomía, pidió a todos los estudiantes de México hacer que la Universidad Autónoma viviera cada vez más fuerte y más mexicana. ¿Por qué más fuerte?, se preguntaba, y él mismo respondía: “porque la Universidad necesita ser fuerte para defender los derechos de todos a la educación y la cultura”. ¿Por qué más mexicana?, “porque esta Universidad es profunda e indisolublemente mexicana; no de ningún régimen, no de ningún gobierno, no de una clase, no de un grupo económico. Es del pueblo de México del que recibe los recursos que la sustentan y que año con año hace correr en sus aulas el gran río de la vida nacional”.



© Dirección General de Comunicación Social/UNAM

Placa de reconocimiento a la autonomía, agosto de 2004

II. EN LA INAUGURACIÓN DEL PALACIO DE LA AUTONOMÍA

6 DE SEPTIEMBRE DE 2004

La Universidad Nacional Autónoma de México conmemora, en esta ceremonia solemne, el aniversario número 75 de su autonomía. El recinto que nos da cobijo y que hoy inauguramos formalmente no podía ser más adecuado.

Si bien la ceremonia de reapertura de la Universidad Nacional, realizada el 22 de septiembre de 1910, tuvo lugar en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria; este edificio fue, desde entonces, símbolo señero de la institución renovada. Desde 1910 y durante muchos años fue la sede de la Rectoría.

Asimismo, el Paraninfo de este hermoso inmueble fue utilizado durante años como Salón de Actos de la Universidad. Aquí se realizaban las más formales ceremonias académicas, incluidas aquellas en las que los alumnos eran investidos con títulos y grados.

En 1929, este edificio antiguo y legendario fue tomado por estudiantes y profesores que demandaban la autonomía universitaria.

Al trasladarse la Rectoría a sus nuevas oficinas en la calle de Justo Sierra, desarrollaron aquí sus actividades la Escuela Nacional de Odontología, la Escuela Nacional Preparatoria número 2, que lleva el nombre de Erasmo Castellanos Quinto, y la Escuela de Iniciación Universitaria, entre otras. Este Palacio es parte, pues, del patrimonio histórico de la Universidad. Lo ocuparon estudiantes de distintas generaciones y diversas disciplinas. Entrar en sus salones, caminar por sus patios, asomarse por sus balcones, equivale, en muchos sentidos, a

revivir la historia misma de la Universidad. Por méritos propios y por su enorme significado en la vida universitaria le denominamos Palacio de la Autonomía.

Al recordar la autonomía nos congregamos en el corazón mismo de la Ciudad de México, en un lugar que evoca desde su pórtico las vivencias del antiguo barrio universitario. Porque en los edificios de sus alrededores los estudiantes universitarios no sólo vivían, estudiaban y departían; compartían asimismo sus sueños, anhelos y esperanzas. Durante más de cuarenta años, generaciones sucesivas establecieron en este barrio una tradición que mucho tenía de lúdico y festivo, una relación fraterna que les acompañó con frecuencia a lo largo de sus vidas; pero también una tradición de lucha por sus ideales, de rebeldía ante la arbitrariedad y la injusticia; de pasión y de nobleza.

Hasta su traslado a la nueva Ciudad Universitaria en el Pedregal de San Ángel, el centro de la Ciudad de México debió mucho de su configuración y de su energía a la vida estudiantil. Los vínculos establecidos por estudiantes y profesores del viejo barrio con la población que convivía o trabajaba en el centro de la ciudad fueron profundos y duraderos. Díganlo si no sucesos como la lucha estudiantil por la autonomía, en la que el problema trascendió los ámbitos educativos y se volcó a las calles durante varios meses. Lo mismo ocurrió en 1968: los universitarios buscaron refugio —y lo encontraron— lo mismo en templos y edificios que en almacenes y viviendas.

En las exposiciones alusivas que ocupan hoy estos espacios; en las filmaciones que ahí se presentan; en las imágenes de la vida académica y del patrimonio universitario que se exponen; en el movimiento mismo de 1929 es posible identificar elementos gráficos e ideológicos que nos recuerdan y nos hacen reflexionar no sólo sobre el pasado, sino también sobre el presente. Como diría Edmundo O’Gorman: “la historia no explica el pasado, explica el presente en función del pasado”.

Nuestro pasado hunde sus raíces, desde luego, en la Universidad legendaria, la que dio lustre a la sociedad colonial, ésos son los orígenes remotos de nuestra casa de estudios, que tiene por tanto una de las más antiguas tradiciones de estudio y de ejercicio de la docencia en el continente americano.

Pero ya en la era moderna, tras casi un siglo de divisiones y guerras intestinas que propiciaron intervenciones extranjeras, la nueva Universidad Nacional de México fue refundada por un grupo de notables intelectuales encabezados por el maestro Justo Sierra.

Grandes pensadores y científicos, humanistas profundos y profesores de la talla de Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Pruneda y Ezequiel A. Chávez formaron a las nuevas generaciones con vocación y con esmero. Ellos abrieron



Escalinata, Palacio de la Autonomía

cauce a las nuevas ideas que se hallaban constreñidas en ese entonces por la camisa de fuerza de la Escuela Positivista; ellos impulsaron a los jóvenes estudiantes a descubrir a los grandes pensadores y autores de la época: Nietzsche, Tolstoi, Bergson; a recuperar al mismo tiempo a los autores clásicos de la antigüedad; a descubrir el ejercicio libre de la crítica, indispensable en el trabajo intelectual. Los jóvenes estudiantes del 29 tenían una formación tan sólida como lo eran sus ideales.

La lucha por la autonomía universitaria se dio en un contexto álgido en México. Unos meses antes había sido asesinado el presidente electo Álvaro Obregón, hecho que suscitó una crisis política sin precedente; la batalla que el Movimiento Cristero libraba en contra del Gobierno parecía no tener fin; algunos generales, encabezados por Gonzalo Escobar, se levantaron en armas; la campaña presidencial de Vasconcelos constituía una difícil prueba para el aparato gubernamental.

Sin embargo, aún en esas condiciones convulsas y violentas, hubo acuerdos notables. Emilio Portes Gil como presidente interino fue un mandatario conciliador: entendió el movimiento estudiantil escuchando voces sensatas como la del ilustre abogado guanajuatense Ignacio García Téllez; convocó al diálogo a los líderes cristeros y puso fin a una lucha fratricida tan sangrienta como absurda, e inició un nuevo camino de instituciones que fueron factor de equilibrio y estabilidad.

Hoy que rendimos homenaje a la generación del 29 podemos afirmar que si bien la Universidad ha llegado mucho más allá de lo que en aquel entonces hubiera podido pensar el más optimista de los profesores o de los estudiantes universitarios, también habrá que reconocer que la Universidad de hoy no sería lo que es si la generación del 29 no hubiera hecho lo que hizo.

Qué distinta es la Universidad de hoy a la de hace 75 años. En 1929 la Universidad tenía 8,150 estudiantes matriculados; 1,400 en la Escuela Nacional Preparatoria y 6,750 en la licenciatura. El 68% de la población escolar eran hombres. El personal académico de toda la Universidad ascendía a 1,145 profesores y en ese año se otorgaron 262 títulos profesionales.

Hoy en día la Universidad tiene 266,800 estudiantes; 104,500 en el bachillerato, 143,400 en la licenciatura y casi 19 mil en el posgrado. Más del 50% son mujeres. Nuestro personal académico de tiempo completo asciende a 11,200; otros 18 mil son profesores de asignatura y tan sólo en lo que va del año se han expedido más de 15 mil títulos profesionales.

La Universidad ofrece a la fecha 73 diferentes carreras; 37 programas de maestría y 33 de doctorado. Otorgamos más de 10 mil becas a estudiantes de escasos recursos y alto rendimiento. En lo que va del año nuestros profesores e investigadores han publicado 3,300 artículos y 718 libros.



Patio interior, Palacio de la Autonomía

© Dirección General de Comunicación Social/UNAM

Si menciono algunas cifras es solamente con el ánimo de ilustrar el largo y fructífero camino recorrido por la institución, cuyo carácter nacional se confirma con la presencia de instalaciones, profesores, alumnos e investigadores en 26 entidades federativas. Las actividades de difusión cultural y extensión universitaria se cuentan por decenas de miles al año, y en diversas evaluaciones internacionales la UNAM ha logrado acreditar su calidad y liderazgo.

Especial interés nos merece ahora profundizar, enriquecer y compartir experiencias con las universidades mexicanas y latinoamericanas. En breve estará listo un ambicioso programa de movilidad estudiantil, que hemos venido diseñando laboriosamente en los últimos años y que habrá de revitalizar el legado vasconcelista y nuestro compromiso indeclinable con la educación superior pública, la investigación científica y la cultura en la región.

El balance de los 75 años transcurridos permite afirmar también que la Universidad ha contado, en todo momento, con universitarios decididos a defenderla y a que no abandone el cauce que le corresponde; a servirle al país con espíritu crítico, con rigor intelectual y con la libertad, independencia y responsabilidad que su autonomía le confiere.

“Incorre en confusión lamentable —habría dicho Alfonso Reyes— quien se figure que la Universidad y la Nación se contraponen.” De la intimidación, del amago, de los embates y acechanzas sucesivas que se presentaron durante este lapso la Universidad ha salido airosa. De ellas no quedan ya resabios, ni cicatrices, ni lastres; quedan sólo enseñanzas y experiencias para el futuro.



Palacio de la Autonomía

Nuestra institución, pues, se ha dedicado de manera ininterrumpida a perfeccionar su autonomía, a fijar sus objetivos, a afinar su proyecto y a desarrollar sus tareas fundamentales en beneficio de la sociedad que la auspicia.

Avanzamos reflexiva y prudentemente, logrando que sean práctica cotidiana la libertad de expresión y el derecho a disentir, sin transigir en los principios académicos, sin admitir mengua alguna de nuestra autonomía.

Es así como la historia moderna de la Universidad ha estado determinada, en buena medida, por aquella lucha de autonomía y por la defensa de los valores intelectuales y éticos que ésta representa: la libertad de cátedra e investigación, el autogobierno y la autogestión administrativa, sin menoscabo alguno de la cabal rendición de cuentas públicas, transparentes y oportunas.

Gracias a la autonomía el universitario se caracteriza por su pluralidad, su tolerancia y el respeto por el que piensa diferente, pero también por la búsqueda permanente de la excelencia, como forma cotidiana de superación y como instrumento para acceder a una vida más digna, más autónoma, capaz de comprender mejor el entorno social, cultural y global en el que estamos inmersos.

En la sociedad del conocimiento necesitamos profundizar en el conocimiento, y esto se logra sólo a través de la investigación, y necesitamos también ampliar el

acceso al conocimiento, lo cual sólo se alcanza extendiendo los beneficios de la cultura sin exclusiones, haciendo la educación superior accesible para todos, sobre la única limitante de los méritos académicos.

A 75 años de su lucha por la autonomía universitaria recordamos los nombres de Alejandro Gómez Arias, Ricardo García Villalobos, Ángel Carvajal, Salvador Azuela, Herminio Ahumada, Baltazar Dromundo, Ciriaco Pacheco Calvo, Santiago X. Sierra, Arcadio D. Guevara, José María de los Reyes, Carlos Zapata Vela y tantos otros que defendieron a la Universidad con valor y con firmeza.

Este recinto habrá de honrar su memoria con el museo dedicado a este hito fundamental de nuestra casa de estudios. A este recinto regresará Radio Universidad transmitiendo en su frecuencia modulada. En este recinto se abren nuevos espacios para la organización de cursos, conferencias y talleres, así como aulas equipadas para la enseñanza de otros idiomas y de las ciencias de la computación.

El Palacio de la Autonomía recobra así la vida y la energía que antes tuvo, muestra al visitante su singular dimensión histórica y mantiene vivo para siempre el lema de aquella gloriosa generación de universitarios: “La Universidad se hizo autónoma por la revolución de nuestra palabra, nuestra huelga y nuestra sangre”. ■